

Comentario al evangelio del sábado, 3 de noviembre de 2012

Asistimos una vez más con Jesús a una escena bien hermosa, fácil de imaginar. El Maestro no pierde ocasión y nos deja un buen mensaje. ¿Se trata sólo de consejos de urbanidad o de los criterios que unos buenos padres de familia transmiten a sus hijos para facilitarles la vida social? La sabiduría de Jesús es fácil de apreciar: ¡qué mal se pasa cuando en público alguien te invita a colocarte en un sitio que refleja menos categoría!

No hay que descartar esa intención en Jesús, buen observador (como el relato demuestra). Pero sus palabras quieren ir más allá: hay modos muy diversos de vivir. Y a los hijos del Padre nos les vale cualquiera. Ante la Palabra de hoy no debemos eludir una reflexión personal: ¿cómo nos movemos?, ¿nos ensalzamos indebidamente?, ¿sabemos humillarnos? ¿Qué debemos cambiar tras escuchar a Jesús?

Pero también cabe una reflexión en clave de Iglesia. En muchas partes del mundo nuestra presencia ha perdido relevancia: no se nos ofrecen los sitios de antes, no se nos presta la misma atención. La situación debe preocuparnos por lo que revela de la actitud de muchas personas ante el Evangelio.

Pero en nuestras sociedades hay diversos tipos de relevancia: ¿a cuál aspiramos? Muchos de los cristianos que celebrábamos el día 1 no tenían poder alguno pero sí mucha autoridad: la que les dieron su coherencia, su saber estar, su civismo, el amor que nace de la fe. Ninguna situación social es fácil y todas abundan en matices, pero el Evangelio de hoy nos deja doble tarea: ¿cómo aplicarnos cada uno las palabras de Jesús?, ¿cómo acogerlas como Iglesia, presencia visible de la fe?

Pedro Belderrain, cmf
